

GRECIA: LA CAIDA DE OTRO FASCISMO

EL fascismo no se lleva esta temporada. No es rentable. Sin duda, no corresponde su mecanismo de sociedad dura y represiva a las necesidades evolucionistas del capitalismo en la sociedad de consumo, que requiere el funcionamiento de unas libertades y de una cierta autonomía individual del consumidor (en los países de mayor contracción económica, de mayor retraso, fuera del mundo que llamamos occidental, sigue funcionando). No existe, por otra parte, una tensión revolucionaria de izquierdas que requiera la policía del fascismo para ser reprimida. Hay alguna agitación social, que resulta muy moderada en relación con la de otras épocas, con la de los tiempos de las huelgas generales revolucionarias. Ni siquiera en Portugal y en Grecia, donde los dos grandes fascismos han caído tan espectacularmente, ha habido movimientos sangrientos. Eso sí, en algunos países —concretamente, en Italia—, los grupos más conservadores y más medrosos de la gran industria mantienen económicamente las organizaciones fascistas por si llegase el caso de que fueran necesarias. El tercer factor es el del molde de las relaciones internacionales, basadas en la coexistencia. Se ha acabado la guerra fría; el antisovietismo está muy mitigado, y lo está, por consiguiente, el anticomunismo en su manera anterior, que era la militante. Las sociedades capitalistas preferían como medida de seguridad fuertes Regímenes anticomunistas en lo exterior y lo interior, y nada más proclive al fascismo, declarado u oculto, que un anticomunismo militante. Buscan ahora formas según las cuales un cierto reparto del bienestar, por desigual que sea, haga preferibles otras formas de enfrentamiento político que las revolucionarias. Es, si se puede hacer esta dudosa afirmación, un regreso al kennedysmo. Estos tres factores, bien mirados, son uno sólo: un planteamiento general de la situación de Occidente que permite que la explotación colonial que antes beneficiaba a las grandes compañías y a sus delegados en el poder, pero que gravitaba sobre los presupuestos de la nación, y, por lo tanto, sobre los pueblos, se haga ahora, por la vía trucada de las Independencias, en beneficio de las grandes mayorías, multiplicada por la gran difusión de bienes aparentes —de bienes de consumo— que permite la tecnología.

PERO, cuidado, el fascismo no ha desaparecido del mundo, ni siquiera de Europa: puede surgir en cualquier momento. Lo que llamamos fascismo es algo que va mucho más allá, en la Historia y en las formas, de la palabra inventada por los Italianos en los primeros años del siglo. Es una actitud, una respuesta, una situación, hasta una

manera de ser de sus teóricos y militantes, que se produce en determinadas situaciones históricas y que toma el nombre que puede. En cuanto la situación sea comprometida o difícil, podrá reaparecer. Y hay bastantes riesgos futuros de que la situación mundial pueda cambiar, incluso de que esté cambiando. La política es siempre muy lenta y muy conservadora (en términos generales), y suele ir con una situación de retraso. Los grandes cambios se producen generalmente muchos años después de ser necesarios, cuando los estamentos están sobradamente impregnados de la necesidad de cambiar, aunque sea en su conveniencia: se producen por resignación y con miedo. Cualquiera ejemplo vale, porque es una teoría que no suele fallar; desde las relaciones del poder soviético para con su sociedad, hasta la retirada de las tropas de Estados Unidos de Vietnam: los mismos esfuerzos de los Estados Unidos por desprenderse de su Presidente son muestra de esa lentitud. De esta forma, sucede que cuando el cambio se produce, muchas veces se han producido ya daños irreparables, precisamente para los mismos estamentos que tratan de no cambiar. Hace ya años que el Régimen portugués era un anacronismo, tanto en su funcionamiento interior como en la forma de ejercer la colonización, descalificada desde que en 1960 se produjeron las Independencias africanas; si hubiese cambiado a tiempo, las formas de federación y de interdependencia que ahora se pretendían hubiesen sido viables —porque entonces los movimientos de liberación armada no tenían el mismo desarrollo— y la integración en el Mercado Común hubiese sido posible y fructífera; ahora resulta demasiado tarde, y las mismas clases dominantes salen perjudicadas por su propio miedo a cambiar de postura. En cuanto al Régimen griego, era un anacronismo cuando se fundó, y no ha cesado de estar en bancarota y en crisis durante estos crueles y absurdos siete años. Su cambio es igualmente tardío.

ESTAS dos caídas del fascismo y la serie de acontecimientos europeos en las que están inscritos (no bastaría sólo con lo acontecido en Lisboa y en Atenas para sacar unas conclusiones generales: hay que tener muy en cuenta el crecimiento enorme del liberalismo en Estados Unidos a partir de la crisis de Vietnam, la destrucción del sistema del general De Gaulle y la fuerza de la izquierda en Francia, el Gobierno laborista en Gran Bretaña, los Gobiernos minoritarios de poderes recortados y sujetos a los Parlamentos en toda Europa...) son también frutos de situaciones retrasadas. Tan retrasadas como que, ideológicamente, proceden de 1945: es decir, de los ideales de posguerra.

La caída del fascismo en Grecia ha provocado escenas de júbilo popular, similares a las que se produjeron en Portugal cuando fue derrocado el Régimen de Caetano.





Melina, a su llegada al aeropuerto de Atenas, tras siete años de exilio. A su derecha, su marido, Jules Dassin.

Es probable que cuando se producen se esté fraguando ya una situación nueva, a partir de las protestas activas del mundo explotado (de la lucha de clases geográfica, que se superpone a la lucha de clases nacional), a un cierto agotamiento de la sociedad de consumo y a esos fenómenos que resumimos habitualmente con los términos de escasez de materias primas y de inflación mundial. Puede que se venzan, puede que no. Si no, se hará siempre a costa de unas clases sociales, reaparecerán los revolucionarismos y surgirán de nuevo las respuestas fascistas, sin que la lección de su inutilidad y de su capacidad de retraso de las verdaderas soluciones sirva o haya servido para algo. Pero, por el momento los fascismos son inviables. Bien lo saben los que tratan de perpetuarlos, a veces como éxito, mediante convenientes disfraces. Pero las modas no dejan de ser una superestructura que no consigue variar los datos esenciales.

ENTRE Lisboa y Atenas hay algunos puntos de contacto, pero muy limitados y muy superficiales. Uno de ellos, muy significativo, es el del cambio de Régimen sin revolución y sin sangre: una muestra de la falta de pulsiones violentas en la Europa contemporánea (los que, con el pretexto de unos cuantos sucesos, hablan de «la ola de violencia de nuestro tiempo», es que no recuerdan épocas recentísimas de la Historia o que prefieren manipular el lenguaje y la información estricta con fines de justificar su miedo conservador). Esta respuesta no violenta es mucho más notable porque los Regímenes nuevos sustituyen a otros específicamente violentos y sangrientos. Obedecen, sin duda, a un deseo de cortar el ciclo de represiones y de exacciones mutuas, de establecer un orden cero a partir del cual los cambios políticos puedan hacerse sin muertos. Cálculo probablemente equivocado, aunque deseable y perfectamente asumible, porque si un día un Régimen de tipo fascista volviese a Grecia —y no está excluido—, no respetaría probablemente la tregua de la sangre, porque no está en su naturaleza: en Chile, Allende se esforzó no sólo en que no hubiera sangre, sino en respetar los derechos de la oposición y las líneas constitucionales anteriores, y la contrarrevolución no ha vacilado en instaurar la política de la sangre a partir de la del propio Allende.

EL otro punto de contacto, bastante más superficial aún, ha sido el de la acción decisiva de los militares como consecuencia de una situación que les concernía: En uno, las batallas coloniales sin posibilidad de victoria; en otro país, el error de Chipre y la posibilidad de una guerra —para perder— con Turquía. La comparación termina aquí. En el caso de Portugal ha sido determinante; en el de Grecia, una acumulación a otros efectos de un Régimen increíblemente catastrófico para su economía interior como en sus relaciones exteriores. En Portugal, los jóvenes militares se han afianzado en el poder y han marcado una tendencia a la izquierda. En Grecia están más enmascarados por sus jefes superiores y se inclinan hacia la derecha.

POR lo que se sabe de Grecia, que no es demasiado, el cambio ha sido fruto de un pacto. El documento de los 250 oficiales del Tercer Cuerpo de Ejército, publicado el 21 de julio, reclamaba la entrega del Gobierno a Karamanlis, político monárquico y notablemente con-

servador, con representantes de los dos grandes partidos y de las «nuevas fuerzas políticas» y la creación de un Consejo de Salud Nacional formado por el Jefe del Estado actual —Ghizikis—, los jefes de las Fuerzas Armadas y el Rey Constantino, sin que ello supusiera su regreso al trono. El pacto ha sido bastante más moderado: ha debido exigir la seguridad de todas las personas pertenecientes al Régimen anterior (el mismo Johannides, jefe de la Policía Militar, del que se dijo que estaba en prisión domiciliaria, está ocupando su cargo) e incluso su mantenimiento; retrasar la cuestión real y excluir a las fuerzas de izquierda del Gobierno. En efecto, Karamanlis ha formado un Gobierno con enorme peso de la derecha y de las clases de edad avanzada, con alguna concesión a una izquierda suave y a algún joven. Las palabras del nuevo ministro de Defensa, Averoff —un aristócrata anti-comunista— son muy significativas: «Rechazo enteramente la actitud de aquellos que protestan contra la subversión de los golpes militares, pero que aceptan otras subversiones que degradan la vida humana, puede que de forma más dura y permanente». En su lenguaje estaba señalando al comunismo. Rallis, nuevo ministro del Interior, lo había sido ya del general Papagos, lo era de Canellopoulos —el último Gobierno antes del golpe de 1967— y se había distinguido siempre por su re-



Otro exiliado, el compositor Mikis Theodorakis, abraza a su padre a su regreso al país.

presión del comunismo y de la izquierda. Que ellos, como los demás grandes derechistas del Gabinete, hayan sido perseguidos por el fascismo como aliados del comunismo, no ha sido más que una prueba de la estupidez suicida de los golpistas. Quizá en el exilio su liberalismo se haya reforzado, pero está claro que se trata de un Gabinete muy conservador, que los grandes autores del golpe de Estado conservan sus puestos y que hay bastantes probabilidades de que regrese Constantino, al que difícilmente se puede considerar inocente de los errores de 1967. Algunos partidos de la izquierda reclaman que no haya restauración sin referéndum; pero bastaría con considerar ilegal al referéndum republicano de Papadopoulos y regresar automáticamente a la situación anterior a 1967 para que Constantino fuese llevado a un trono a cuyos derechos nunca ha renunciado.

ESTA situación contrasta muy especialmente con la de la calle: con el regreso de los exiliados, la liberación de los presos políticos, el júbilo y el entusiasmo de todos. Puede pensarse que el conservadurismo derechista con el que se ha salido del Régimen fascista no sea más que un primer paso, como fue un primer paso, luego fallido, el Gobierno de Palma Carlos en Portugal. El cambio de Gobierno se ha hecho en una situación exterior muy difícil, con la guerra a las puertas y Chipre en llamas: ha podido parecer que un cambio demasiado drástico en la situación podía poner en peligro la seguridad exterior. El camino lógico para Grecia parece el de la elección libre de Jefe del Estado —Rey o Presidente—, el de una asamblea constitucional y, luego, el de unas elecciones legislativas con una ley electoral justa y representativa. No está por ahora suficientemente claro que vaya a ser así. La presión americana es más fuerte en Grecia que en Portugal —por razones estratégicas mediterráneas—, el nuevo Gobierno es enteramente proamericano y querrá asegurar a los Estados Unidos una permanencia militante en la OTAN. Seguirá, por lo tanto, muy sujeto —más que otros países— a la línea de fuerza imperial, a la política internacional en su conjunto. La caída del fascismo —aunque no de los fascistas— es un hecho; la restauración de algunas libertades, también. Pero sólo un desarrollo mucho más avanzado de los acontecimientos en Grecia podrá devolverla al disfrute de una democracia auténtica. ■